

### **El número que nadie llama**

No se preocupe, señora, no le estoy hablando porque esté loco. Bueno, quién sabe. Uno en una sala de espera siempre parece un poquito loco, ¿no? Mire alrededor. Todos fingiendo que miran el teléfono, que leen esos papeles viejos de la pared, que entienden lo que dice la televisión sin volumen. Pero nadie está aquí de verdad. Todos estamos en otra parte.

Usted también.

No, no me mire así, no le voy a preguntar a quién espera. Esa pregunta es de mala educación en un hospital. Aquí uno no pregunta “¿por quién viene?” porque la respuesta siempre trae una cama, una bata, un tubo, una puerta cerrada.

Yo vine por mi mamá.

Eso dije en recepción: “Vengo por mi mamá.” Como si venir fuera suficiente. Como si decirlo me pusiera del lado de los buenos. Me dieron este papelito, mire. Habitación 312. Tercer piso. Ascensor al fondo, a la derecha. Fácil. Tan fácil que por eso mismo no he subido.

No ponga esa cara. Ya sé lo que está pensando. Que debería ir. Que si mi madre está enferma, uno no se queda sentado aquí hablando con una desconocida. Tiene razón. Yo también me diría eso si me estuviera escuchando desde afuera.

Pero espérese. Antes le tengo que contar otra cosa.

Mi mamá no me echó de su vida. Eso sería más cómodo. Uno siempre quiere que las historias tengan un villano claro, una puerta cerrada, una frase cruel. Algo que nos permita decir: “Yo me fui porque no me dejaron quedarme.” Pero no. Mi mamá no me echó. Mi mamá solo se fue quedando en una esquina de mi vida, como esas bolsas que uno deja cerca de la puerta para botarlas después y después se acostumbra a verlas ahí.

Noel H. Hodgson

Primero dejé de llamarla los domingos. Luego respondía tarde. Después respondía con emojis, que es una manera bastante cobarde de seguir vivo en una conversación. Corazones. Manitas rezando. Caritas que sonríen. Mire qué vergüenza: uno abandona a alguien con dibujitos.

Ella me mandaba audios largos. Yo los escuchaba a medias. A veces ni eso. Me decía: “Hijo, comé bien.” “Hijo, no trabajés tanto.” “Hijo, cuando podás llamame.”

Cuando podás.

Mire qué frase más peligrosa. Porque uno siempre puede después.

¿Usted fuma? No, claro, aquí no se puede. Perdón. Es la costumbre de buscar algo que hacer con las manos cuando la culpa empieza a acomodarse en la silla de al lado.

La enfermera me dijo que puedo subir. No hay horario de visita todavía, pero me dijo: “Pase, está despierta.”

Está despierta.

Como si eso no fuera una amenaza.

Porque si estuviera dormida, yo podría entrar, verla, tocarle la mano, llorar un poco quizá, salir convertido en hijo decente sin tener que enfrentar sus ojos. Pero está despierta. Y mi mamá tiene una forma de mirar que no acusa. Eso es lo peor. Si me reclamara, yo tendría defensa. Si me dijera “mal hijo”, yo podría enojarme. Pero ella no. Ella seguro va a sonreír cansada y va a decir: “Viniste.”

Nada más.

Como si yo no hubiera tardado años.

Noel H. Hodgson

Como si no hubiera mensajes sin contestar en medio.

Como si el amor fuera una casa tan tonta que deja la puerta abierta aunque uno se haya mudado sin avisar.

No, no llore usted, señora, que entonces me voy a desarmar yo y no era la idea. Usted tiene su propio número que esperar. ¿Ve? Ya la están mirando de recepción. Seguro en cualquier momento la llaman.

¿Nora Patricia? ¿Familiares de Nora Patricia?

Es usted, ¿verdad?

Vaya. Vaya tranquila. No, no me dé la mano, que yo estoy hecho un desastre y después uno se encariña con los desconocidos en los peores lugares.

¿Qué? Sí. Sí, voy a subir.

No me diga nada, ya sé. Tiene razón con esa mirada. A veces cinco minutos también llegan tarde.

Vaya usted primero.

Yo llevo años esperando aquí.

Pero mire... qué cosa más rara.

Creo que acaban de llamar mi nombre, aunque nadie lo haya dicho.